

JOSÉ ANTONIO PAREJO FERNÁNDEZ

LAS PIEZAS PERDIDAS  
DE LA FALANGE:  
EL SUR DE ESPAÑA



SECRETARIADO DE  
PUBLICACIONES

SEVILLA, 2008

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
I. AQUI ESTAMOS .....	15
Comienza la marcha.....	16
Se equivoca el señor gobernador .....	28
Sube el fascio .....	39
En busca de los falangistas .....	48
Ni únicos, ni distintos.....	56
II. NO TE HAGAS DE LA FALANGE: ES DONDE ENTRA LA AVALANCHA .....	71
La hora ha llegado.....	72
¿Burgueses con camisa azul?.....	89
Todos a Falange.....	96
Los números nos avalan .....	107
III. JUNTOS PERO NO REVUELTOS.....	119
Falange es un estilo nuevo.....	120
Aquello no fue una unificación .....	132
Resistiendo contra la Falange .....	143
IV. CON DISCIPLINA TODO SE CONSIGUE, SIN DISCIPLINA TODO SE PIERDE.....	155
Construyendo la Era Azul .....	155
Los dueños absolutos.....	172
Ni rastro de falangismo.....	181
A un jefe se le aporrea si es preciso.....	196
Lo que pudimos ser y no fuimos.....	211
V. NUESTRO MOVIMIENTO: UNA MANERA DE SER .....	223
¿Qué mano se ha mentido en la Falange? .....	226
Todos al bosque .....	240
La Falange sólo existe sobre el papel.....	255
Volver a empezar .....	270
Luchando contra las banderías de siempre.....	275
La casa del alcalde y la visita del ministro .....	293

VI.	NO OLVIDES QUE TU INFORMACIÓN ES ARTÍCULO DE FE .....	307
	Puros como palomas y astutos como serpientes .....	311
	La gestapo española .....	323
	Cuando fuimos espías .....	331
	Los años del miedo .....	344
VII.	SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO .....	363
	Crisis sin fin.....	367
	De espaldas a la realidad.....	379
	¿Ganar la calle?.....	397
VIII.	LA ÚLTIMA BATALLA DE LA FALANGE .....	417
	Por las tierras de María Santísima .....	420
	El topo ha enseñado la oreja.....	427
	Entonen conmigo el Yo Pecador.....	450
IX.	LIBROS DE JARDINERÍA.....	459
	Veinticinco años cara al sol .....	461
	Cuando la ruina nos alcanza .....	473
	La escalera de cocina.....	480
	Orientaciones políticas de última hora .....	490
	CONCLUSIONES.....	497
	FOTOGRAFÍAS.....	501
	Apéndice Fotográfico 1 .....	503
	Apéndice Fotográfico 2 .....	505
	Apéndice Fotográfico 3 .....	515
	Apéndice Fotográfico 4 .....	520
	Apéndice Fotográfico 5 .....	522
	Apéndice Fotográfico 6 .....	526
	Apéndice Fotográfico 7 .....	528
	FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA .....	537

## INTRODUCCIÓN

¿Quiénes fueron los falangistas? Una cuestión fundamental para cualquier estudio de historia política continuaba, sin embargo, hasta hace muy poco tiempo, huérfana de una respuesta nítida que nos acercase, por fin, al retrato de grupo de aquéllos que un día militaron en el partido de José Antonio. Es cierto, que desde mediados de los años sesenta, pero sobre todo desde la instauración de la democracia en España a fines de los setenta, vienen publicándose multitud de estudios sobre el fascismo español. No obstante, a fecha de hoy y salvo contadas excepciones en la Historia Local, siguen escapándose en el conjunto de nuestro país los elementos fundamentales que configuraron el retrato general del partido fascista español.

Sabemos con detalle quiénes fueron los nacionalsocialistas alemanes o el número de militantes que tuvo el NSDAP a lo largo de su historia. También conocemos a la perfección el *fascio* de Mussolini. Hay fuentes más que caudalosas para acercarnos a la vida nada ejemplar de la Guardia de Hierro rumana y de su fundador Codreanu. Y en fin, como ya ha explicado el profesor Lazo en más de una ocasión, «están publicados no pocos estudios que han tomado como objeto los llamados fascismos menores: Movimiento Rexista belga; grupúsculos de la Francia de Vichy; los cruces flechados de Hungría; fascistas extravagantes como los ingleses de Mosley». En cambio, de los falangistas españoles se nos escapaba, como decíamos, lo fundamental. Sin duda, todos somos conscientes de que la Falange, en vísperas de las elecciones de 1936, era un grupúsculo sin relevancia, pero aparte de esto poco más se sabía. Así, cuando intentábamos aproximarnos a la historia del falangismo hispano desde abajo y desde el detalle, enseguida comprendíamos que había cuestiones fundamentales para la historia de un partido político que seguían sin estar claras; de tal manera que cuando queríamos precisar en esa bibliografía cuántos falangistas tuvo la Falange en los diferentes periodos que fue atravesando a lo largo de su historia lo único que lográbamos era entrar en un terreno tan impreciso como impropio de una ciencia como la estadística. Era indudable, pues, que en unas condiciones como éstas nos era particularmente imposible saber cuántos militantes tuvo la Falange el día antes del triunfo frentepopulista; cuántos después, cuando la gente comenzó a afiliarse ya de una manera imparable; cuántos al día siguiente del 18 de julio; cuántos al día siguiente de haber acabado la Guerra Civil; cuántos después de la derrota nazi en la Segunda Guerra Mundial; en 1956, año en el que José Luis Arrese intentó revitalizar la Falange o cuántos quedaron en el Movimiento en vísperas de la Democracia, es decir, en 1977. Porque es evidente que no es lo mismo que la Falange tuviese 5.000 militantes que un millón; como tampoco que sus militantes perteneciesen a la aristocracia, a las clases medias o bien a las capas trabajadoras ya que un partido resulta bastante distinto cuando recluta a sus afiliados entre los partidarios de la derecha, entre los de la izquierda o, por ejemplo, entre aquéllos que nunca pertenecieron a una

organización política; una circunstancia sobre la que no se había escrito nada ni se sabía nada.

Teniendo en cuenta el desbarajuste que sobre la Historia de la Falange existía, lo que hemos pretendido con este libro es completar en la medida de lo posible esta laguna de conocimiento para, de este modo, obtener el retrato de grupo que nos muestre al fin quiénes fueron en realidad aquellos fascistas españoles y por qué se sintieron atraídos por un movimiento político como el de la Falange, archicondenado por los partidos de izquierda y también por quienes habrían de ser sus socios durante la guerra. Acercarnos, por consiguiente, desde abajo y desde el detalle a aquellos miembros de la Falange y conocer definitivamente de dónde venían; cuáles eran sus orígenes políticos; saber si era verdad —tal y como se viene insistiendo desde hace muchísimo tiempo— que todos los que se afiliaron durante la República procedían de una derecha radicalizada, y ver, por tanto, si es cierta la tesis tradicional sostenida desde hace muchas décadas que nos asegura cómo las tornas cambiaron meses después debido al 18 de julio y a la avalancha de afiliaciones que éste desencadenó. Una riada de militantes, se ha repetido hasta la saciedad, que estuvo protagonizada por unos izquierdistas que llegaron al partido joseantoniano muertos de miedo, a la busca de un paraguas protector que los librara de las ejecuciones sumarias. Saber, en definitiva, en qué estaban trabajando cuando firmaron su ingreso en FE de las JONS; conocer de primera mano cuánto dinero les reportaban aquellas profesiones, cuestión esencial, como puede suponerse, para descubrir si es verdad lo que se ha estado diciendo hasta ahora, es decir, que todos fueron ricos militantes procedentes de una burguesía radicalizada y fascista al servicio del capital. Y es que sin tener claro todo esto nunca estaremos en condiciones de averiguar si las teorías clásicas sobre la Falange son verdaderas y se ajustan a la realidad histórica o si, por el contrario, son erróneas explicaciones incapaces de reflejar lo que realmente ocurrió en los pueblos y ciudades de España. Dicho de otro modo, sin tener claras todas estas cuestiones, sin acabar de una vez por todas con las ideas recibidas y los lugares comunes jamás podremos comprender la evolución política de la Falange, jamás podremos entender por qué, pasado el tiempo, el partido de José Antonio tomó unos derroteros y no otros, por qué la Falange, elevada a la cúspide social y política de nuestros pueblos por el apoyo que recibió de tantos españoles, sufrió aquel hundimiento tan precipitado que nos espera en los capítulos siguientes.

\* \* \*

Como podrá comprobarse a lo largo de este libro, es cierto que nos referimos al Sur de España y muy especialmente a la provincia de Sevilla que es donde hemos apoyado la base de nuestra reconstrucción y, por tanto, la del retrato que hemos elaborado. En efecto, una vez acabada la investigación, este patrón provisional de análisis se ha convertido en un modelo válido como mínimo para todo el Sur de España. Y esto es así porque al finalizar nuestra reconstrucción vimos cómo todos los retratos parciales obtenidos de cada una de las Falanges Locales de Sevilla —la de Cazalla en la Sierra Norte, la de Villanueva de San Juan en la Sierra Sur, la de Marchena o Arahál en La Campiña, la de Villaverde del Río en la Vega del Guadalquivir, la de Aznalcázar

en el Aljarafe o la de Lebrija en el Bajo Guadalquivir— eran idénticos entre sí y no había excepciones. Y no sólo esto: además, cuando comprobamos igualmente, por los sondeos hechos en otras partes de Andalucía y regiones limítrofes del sur español, que esta misma fotografía de la Falange sevillana se repite sin diferencias en todos los sitios mencionados debemos concluir que la imagen de grupo obtenida abarca a todo el Sur y muy probablemente a toda España. Las excepciones son tan pocas que visto a posteriori, y una vez concluida la reconstrucción, no nos equivocaríamos al afirmar que habría bastado el conocimiento detallado de una sola Falange Local (la de un pueblo grande como Marchena o bien la de una aldea insignificante como la de El Garrobo) para tener el retrato completo del fascismo andaluz, por no decir del fascismo español.

Una investigación, además, que se asienta en una heterogénea lista de fuentes documentales primarias: los papeles del Archivo General de la Administración, básicos para contextualizar cualquier estudio sobre la Falange; las cajas del Archivo General del Arzobispado de Sevilla, indispensables para acercarnos, entre otros aspectos, a las relaciones que mantuvo la Iglesia con la Falange sevillana; los papeles procedentes del Archivo de la Jefatura Superior de Policía de Sevilla, sobre todo en lo relacionado con los informes políticos que sobre la Falange de mediados de los cuarenta y principios de los cincuenta elaboró la Dirección General de Seguridad; los cientos de legajos y libros consultados en los treinta y tres archivos municipales de la provincia de Sevilla (el cincuenta por ciento de los pueblos que contienen documentación sobre la Falange), así como los papeles vistos en otros archivos municipales, correspondientes a otros pueblos de provincias limítrofes con la sevillana, los cuales nos permitieron encuadrar en su conjunto el retrato de la Falange<sup>1</sup>; sin olvidarnos, por supuesto, de los ocho archivos privados, gran parte de ellos inéditos, sin los cuales esta obra no habría sido la misma (unos archivos sobre los que volveremos dentro de poco). Una investigación que, lejos de parecer lo contrario por la lista de fuentes comentada, ha sido difícil de llevar a cabo.

Difícil no ya por la diversidad de centros documentales investigados, sino porque, además, cuando lo iniciamos tuvimos que superar esa limitación clásica de la que se han quejado no pocos historiadores, y que ha sido la responsable de ese desconocimiento que relatábamos en las páginas anteriores: la falta *aparente* de archivos y fuentes documentales sobre los que apoyar una nueva Historia de la Falange. Un vacío historiográfico, efectivamente, que viene dado por un hecho que es bien conocido por todos los investigadores: cuando en 1977 se restableció en España la Democracia, en todas las Jefaturas Provinciales del Movimiento del país se desató el pánico, de tal manera que entre las elecciones del 15 de junio de 1977 y la aprobación de la Constitución los pocos jefes que en ellas quedaban, presos del miedo y temerosos del nuevo régimen, ordenaron la destrucción sistemática de la documentación que en ellas se guardaba, desapareciendo para siempre un gran fondo documental que dificulta hoy día la reconstrucción del pasado falangista.

---

<sup>1</sup> Llerena, en Badajoz; Posadas en Córdoba o Sanlúcar de Barrameda, en Cádiz; tres poblaciones de distinta entidad pero utilísimas para el fin que acabamos de comentar.

Podría pensarse, no obstante, que esa falta de fuentes que produjo aquella ola destructora y que acabó afectando a las jefaturas provinciales de toda España podríamos mitigarla en buena medida con lo que se ha conservado en el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares; archivo en el que se guardan todos los documentos procedentes de la transferencia que desde la Secretaría General del Movimiento se hizo a fines de los setenta. Suponiendo, por tanto, que durante los traslados nadie hubiese metido la mano, no habría sido difícil que en este depósito documental madrileño se encontrasen los documentos y asuntos que durante años tuvieron ocupadas a todas las Falanges del país, unas Jefaturas Provinciales que, como era su obligación, remitieron hasta el final copia de todo lo gestionado en las provincias. En Alcalá de Henares, por consiguiente, deberíamos encontrar finalmente aquello que falta en las provincias. El problema es que en este archivo madrileño también se produjo el expurgo, por lo que allí también falta lo primordial: las listas de los militantes. Todo es como si quienes llevaron a cabo la tarea destructora hubiesen puesto especial cuidado en no dejar para la posteridad ningún nombre propio.

La dificultad, no obstante, no se acababa aquí: en 1979 se produjo un nuevo saqueo que afectó esta vez a los archivos municipales de nuestros pueblos, que era —y son— el sitio donde se guardaba toda la documentación que generaron las jefaturas locales de Falange. Como en las poblaciones rurales nadie se había olvidado de lo sucedido décadas atrás, la memoria de la tragedia y de los familiares asesinados en las terribles matanzas seguía muy viva. Es por esto, por lo que la incertidumbre también se adueñó de los antiguos vencedores que ahora, presos ellos también del miedo, quisieron borrar a toda prisa las huellas de su pasado falangista. De este modo, antes de que tomasen posesión los nuevos alcaldes democráticos, *casi* todas las estanterías que contenían los comprometidos papeles fueron vaciadas. Destruyeron, por ejemplo, en *casi* todas partes, los legajos que guardaban los informes político-sociales que habían compuesto los mandos sobre cada vecino (fuese éste izquierdista o derechista, miembro o no de FET); los testimonios sobre las matanzas, sobre los abusos cometidos durante la Guerra y la posguerra y, por supuesto, las listas, los expedientes y las fichas de todos los inscritos en la Falange. En fin, *intentaron* destruir todo para no dejar huella. No obstante, ahora hubo un golpe de suerte para el historiador.

En 1979, la documentación histórica de nuestros pueblos yacía amontonada sin orden ni concierto en los sitios más inhóspitos e insalubres de los Ayuntamientos. Tan mal estaban nuestros archivos municipales, que adentrarse en ellos a la busca de los documentos comprometidos se convirtió en una tarea penosa y, afortunadamente, imperfecta. Los saqueadores tuvieron que escudriñar entre estanterías desvencijadas (cuando las había) por el peso de lo allí almacenado. Es como si hubiesen tenido que buscar una aguja en un pajar; lo que allí vieron era lo más semejante al caos: polvo, suciedad sin fin, humedad, animalillos infectos, carpetas desperdigadas por el suelo, cachivaches arrumbados desde no se sabía cuándo, utensilios eléctricos de tiempos de Benjamín Franklin, cajas y más cajas rotas y esparcidas, tal era el desbarajuste que